La caverna de Platón y el camino iniciático: del mundo de las sombras a la luz

Entre las grandes imágenes que ha producido la historia del pensamiento occidental, pocas poseen una fuerza simbólica tan extraordinaria como el mito de la caverna de Platón. Relatado en el libro VII de La República, el mito describe a unos seres humanos encadenados desde su nacimiento en el interior de una caverna, obligados a contemplar únicamente las sombras proyectadas sobre un muro. Para ellos, aquellas sombras constituyen la realidad.

Un día, uno de los prisioneros es liberado. Al principio no comprende lo que sucede. La luz le hiere los ojos, el mundo exterior le resulta extraño y aquello que hasta entonces había considerado real comienza a revelarse como una mera representación adquirida. Finalmente sale de la caverna y contempla la luz del sol. Entonces comprende que su antigua realidad no era más que una identificación completa con la periferia.

Pero Platón introduce un elemento decisivo: el hombre que ha salido de la caverna debe regresar.

Esta última parte resulta especialmente importante para comprender la relación entre el mito y el método operativo.

La iniciación no consiste simplemente en abandonar la oscuridad para contemplar la luz como un ejercicio intelectual. Consiste en que la conducta cambie como consecuencia inevitable de haber verificado verdaderamente esa luz, sin forzar un ideal.

La caverna como condición humana

La primera enseñanza de la alegoría es que la caverna no tiene por qué representar exclusivamente un lugar físico. Puede representar una condición de identificación de la conciencia.

Todos nacemos, en cierto sentido, dentro de una caverna.

Nacemos en un mundo que ya estaba construido antes de nuestra llegada: recibimos un lenguaje, unas costumbres, unas creencias, unos mandatos familiares y sociales, y una determinada interpretación de la realidad. Desde los primeros años absorbemos cómo debemos reaccionar, qué se espera de nosotros y cómo debemos fabricar nuestro personaje.

Gran parte de lo que llamamos identidad es, por tanto, una identidad adquirida.

El problema aparece cuando nos identificamos ciegamente y confundimos aquello que hemos aprendido con aquello que verdaderamente somos.

Las sombras de la caverna pueden representar entonces los automatismos, los condicionamientos, las apariencias, y todas aquellas reacciones que aceptamos como propias sin haberlas sometido jamás a la observación.

El mundo profano, entendido desde esta perspectiva, no significa inferioridad moral. Sería una interpretación profundamente contraria al espíritu de investigación interior.

Lo profano representa, más bien, la existencia gobernada por la periferia antes de haber tomado conciencia de la necesidad de observarse a sí mismo.

Por eso puede existir una persona formalmente iniciada que continúe gobernada por sus automatismos, mientras que otra que jamás haya pertenecido a una sociedad puede haber emprendido sinceramente la observación de su naturaleza.

La iniciación no es una etiqueta moral.

Es un estado de discernimiento en movimiento.

Las cadenas

Los prisioneros de Platón están encadenados. No pueden girar la cabeza y solamente pueden mirar hacia el muro de las identificaciones.

Las cadenas constituyen uno de los símbolos más poderosos de toda la alegoría.

¿Qué encadena al ser humano?

No solamente las circunstancias externas.

Lo encadenan también su apego a las propias opiniones, su necesidad de aprobación, la dependencia de la imagen que ha fabricado, sus reacciones aversivas y, especialmente, la incapacidad de ver que no es únicamente todo eso.

La cadena más difícil de romper es aquella de cuya existencia no somos conscientes porque nos creemos completamente ella.

El hombre que observa sus cadenas puede investigarlas. El que cree actuar libremente mientras permanece gobernado por la periferia ni siquiera siente la necesidad de comenzar el trabajo.

Aquí encontramos una de las primeras características de la vía operativa: el despertar de la observación.

Antes de buscar quiénes somos, hay que distinguir quiénes creemos ser.

Antes de buscar la luz hay que descubrir que gran parte de nuestras certezas son reacciones automáticas.

La liberación no siempre es agradable

Uno de los aspectos más profundos del mito es que el prisionero liberado no experimenta inmediatamente felicidad moral.

Cuando desvía su atención hacia su propio centro, los ojos sufren.

Verificarse a uno mismo no siempre resulta cómodo.

El individuo que comienza a observar sus certezas y a separarse de su personaje puede experimentar desconcierto e inseguridad. Las expectativas que antes le proporcionaban un yo estable dejan de hacerlo. Las antiguas identificaciones ya no bastan, pero el centro todavía no está plenamente asentado.

Este momento de incertidumbre es fundamental.

Toda verdadera vía operativa contiene un período de desidentificación.

El individuo abandona progresivamente su apego exclusivo al personaje, pero todavía no ha integrado la quietud del centro. Se encuentra entre dos lugares.

Es alguien que ya no puede reaccionar mecánicamente sin darse cuenta, pero que todavía está aprendiendo a observar sin condena.

Ese espacio intermedio es el verdadero trabajo en el taller.

Salir de la caverna

Salir de la caverna representa el establecimiento de un nuevo centro de operaciones.

No significa escapar del mundo ni fabricar un ideal inalcanzable.

Significa cambiar la relación que tenemos con los fenómenos.

El individuo comienza a observar sus emociones en lugar de ser arrastrado por ellas. Empieza a distinguir entre voluntad propia y mandatos adquiridos, entre esencia y apariencia. Aprende a comprobar sus reacciones y descubre que no cambia para conocerse, sino que, al conocerse, cambia.

Este proceso de autoconocimiento tiene un carácter universal, no moral.

Lo encontramos bajo diferentes lenguajes en distintas tradiciones: despertar, desidentificación, conocimiento de sí, realización.

Las palabras cambian.

La experiencia operativa presenta una estructura semejante: el ser humano deja de ser la periferia y asienta su atención en el centro, observando desde allí.

El descubrimiento de la luz

El prisionero abandona finalmente la caverna mecánica y descubre el centro.

Pero todavía debe acostumbrar su herramienta de discernimiento.

Primero observa reacciones burdas, después motivaciones ocultas, posteriormente los apegos profundos y, finalmente, puede asentarse en la observación misma.

Esta progresión resulta extraordinariamente significativa.

El discernimiento no se impone de una sola vez.

La atención se afina.

El ser humano aprende progresivamente a distinguir.

No se trata simplemente de acumular dogmas.

Una persona puede conocer miles de reglas morales y continuar gobernada por la vanidad de cumplirlas.

El conocimiento operativo debe producir una modificación en el estado de conciencia.

No basta con formular ideales de cómo ser.

Hay que verificar lo que se es.

La iniciación como observación

Aquí encontramos una diferencia fundamental entre la imposición moral y la vía operativa.

La moral externa puede ordenar la conducta según un deber previo.

La iniciación proporciona herramientas para que el cambio provenga de la lucidez.

Por eso el método no se reduce a dictar el bien y el mal. Los símbolos son herramientas de medida, no sermones.

Un símbolo no corrige por sí mismo.

Sirve cuando el individuo lo utiliza para medirse sin autoengaños.

Una ceremonia no transforma mágicamente.

Constituye el plano de trabajo donde el método se asimila.

Un maestro no puede obligar a nadie a conocerse.

Puede mostrar la herramienta.

Pero empuñarla es responsabilidad del investigador.

La muerte del yo reactivo

Toda investigación auténtica conlleva que las capas superficiales dejen de gobernarnos.

No es una destrucción moral, sino la disolución de la ceguera.

Dejar caer las identificaciones con los miedos.

Separarse de las aversiones automáticas.

Desmontar la necesidad de proyectar un yo ideal.

Por eso tantas tradiciones operativas utilizan el descenso y la oscuridad.

La oscuridad no es maldad.

Es la materia concreta y densa de nuestra individualidad antes de ser iluminada por la consciencia.

El investigador desciende a lo profundo para observar desde dónde opera realmente.

El peligro del orgullo espiritual

Pero existe una trampa particularmente peligrosa.

Es posible abandonar la caverna de las pasiones vulgares para encadenarse en la caverna de la vanidad iniciática.

La personalidad puede apropiarse del método y construir un ideal de superioridad.

Entonces el individuo comienza a sentirse moralmente más perfecto porque obedece reglas que los demás ignoran. Empieza a dividir a los seres humanos.

Esta vez las cadenas son más sofisticadas porque llevan grabado el nombre de "virtud".

La verdadera operación de conocimiento disuelve la soberbia, no la perfecciona.

Cuanto más observa el investigador sus automatismos, menos necesidad tiene de proclamarse modelo ante nadie.

El que aplica el método no dice:

"Yo estoy corregido y vosotros no."

Dice:

"Continúo observando desde dónde opero."

El regreso a la caverna

Y llegamos al punto clave del mito operativo.

El hombre que se asienta en el centro regresa a la manifestación.

¿Por qué?

Porque el conocimiento no es una huida del mundo, sino una manera lúcida de habitarlo.

El individuo vuelve al choque constante con la sociedad.

Vuelve a las exigencias cotidianas, donde la periferia tira continuamente para recuperar el mando. No se refugia en una burbuja de contemplación moral.

Regresa aplicando la escuadra y el compás.

Y precisamente porque su atención está en el centro, la fricción del mundo ya no lo arrastra mecánicamente.

La prueba de la herramienta no se da en el silencio del templo.

Se verifica en la calle, cuando la caverna aprieta.

El compromiso operativo

Desde esta perspectiva adquiere pleno sentido el compromiso.

El que ha verificado sus mecanismos no puede ignorarlos caprichosamente.

El conocimiento implica responsabilidad consigo mismo.

Conocer las propias proyecciones hace que la condena ajena pierda sentido.

El método no concede santidad.

Impone la constante tarea de observar.

De ahí nace el valor de la palabra dada a la propia conciencia.

El investigador se compromete a no apartar la mirada, incluso cuando lo que observa no encaja en su ideal.

Pero ningún juramento fabrica la transformación.

La transformación florece cuando la observación es firme e incesante.

De la reacción mecánica a la observación consciente

Por eso es preferible hablar del tránsito desde la reacción automática hacia la observación consciente, en lugar de dividir el mundo en puros e impuros, iniciados y profanos.

El automatismo profano no es una condena inmutable.

Es la materia base desde donde comienza el discernimiento.

El tránsito no es moral ni jerárquico. Es un cambio de centro de gravedad.

El ser humano puede seguir en el mismo trabajo, los mismos problemas, las mismas relaciones. Nada externo ha cambiado necesariamente.

Pero la estructura con la que se sostiene ante los fenómenos es radicalmente distinta.

Ha dejado de pelear ciegamente.

Ha comprobado que aquello que creía ser eran solo ecos periféricos.

Ha tomado la herramienta.

Y ha comprendido que la claridad no es para escapar de la caverna, sino para operar dentro de ella sin someterse a la tiranía de las sombras.

La verdadera salida

La enseñanza más firme de la operación es que la verificación es continua.

Cada observación abre un nuevo plano que investigar.

Cada capa separada revela un nuevo matiz de la identificación.

Por eso el método operativo no tiene como objetivo fabricar santos ni dogmáticos.

Su finalidad es asentar al individuo en el centro para que pueda observarse implacablemente.

La iniciación no termina cuando se confiere un grado.

Comienza cada vez que se levanta la plomada en la vida real.

Y quizá por eso el mito de Platón, entendido operativamente, es fundamental.

La caverna está en nuestra propia estructura psíquica.

Cada reacción de apego es una cadena.

Cada deseo de agradar fabricando un yo irreal es una sombra.

Y cada intento honesto de "ver lo que hay", sin más, es la herramienta en acción.

El método comienza, en último término, cuando el ser humano deja de preguntarse "¿cómo debería ser?" y comienza a preguntarse:

"¿Qué estoy creyendo ser que en realidad es falso?"

Entonces la materia deja de ser un error moral que hay que eliminar.

Se convierte en el campo de experimentación del investigador.

Porque aquel que verdaderamente comprende el método operativo no es el que afirma haberse corregido para siempre, sino el que, habiéndose conocido, se permite el asombro de que su propia conducta cambie sin intervención de su voluntad egocéntrica.